

La etapa actual de la revolución y la táctica que se impone

Andrés Nin

Julio de 1932

(Tomado de *Revista COMUNISMO (1931-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 209-215; publicado en *Comunismo*, número 14, julio de 1932)

El partido comunista oficial, desde la proclamación de la República hacia acá, por no hablar ya del período anterior, no ha dado pie con bola. Esclavo de unas fórmulas muertas, que para nada tomaban en cuenta la realidad, ha tenido la virtud de lanzar constantemente consignas que no respondían a la situación y que no decían nada a las masas obreras, y de rectificar después verbalmente sin abandonar de hecho su actitud absurda. Los dirigentes estalinistas han sustituido el análisis marxista por el esquematismo huero. El resultado no ha podido ser más desastroso: se han dejado pasar momentos excepcionalmente favorables, y hoy, lo que podía ser un gran partido comunista (el partido llamado a hacer la revolución proletaria en nuestro país), no es más que una secta, sin norte ni guía extraña a la masa proletaria, a la cual se dirige en un lenguaje que ésta no comprende. Nadie toma en serio al partido; su crédito es nulo entre la clase trabajadora. Este es el desastroso balance de la política de la fracción dirigente.

La política del Bloque Obrero y Campesino de Cataluña no ha sido más coherente. En el fondo, ha sido tan esquemática y antidialéctica como la del partido. Si éste se basaba en las abstracciones de Moscú, aquél se dejaba llevar por las consignas más o menos ingeniosas, pero igualmente arbitrarias, que se le ocurrían a Maurín. El resultado de ello ha sido la creación de una organización extremadamente confusa desde el punto de vista ideológico, que causa un daño incalculable al movimiento comunista.

Todo el esfuerzo de nuestra fracción se ha orientado en el sentido de interpretar los hechos a la luz del método marxista y, partiendo del análisis de la situación concreta, fijar la táctica del movimiento obrero revolucionario. La experiencia ha demostrado brillantemente la firmeza de nuestras posiciones. El que quiera convencerse de ello no tiene más que examinar los documentos políticos que hemos publicado durante estos últimos meses y hojear las páginas de nuestra revista. Esto nos alienta a seguir por el camino emprendido, seguros de que con ello prestamos un inmenso servicio a los intereses del movimiento obrero revolucionario. ¿Qué importa que en este momento seamos aún relativamente débiles numéricamente? También lo eran los bolcheviques en Rusia y en la internacional y, sin embargo, derrotaron a la burguesía de su país y dotaron al proletariado de una potente organización revolucionaria mundial. Lo importante es tener una orientación política firme. En los momentos decisivos, las masas siguen a los que mejor saben interpretar sus intereses históricos y su voluntad.

¿Cómo aprecia el partido la situación actual? ¿En qué etapa de la revolución nos hallamos? El que quiera saberlo, intentando orientarse en el laberinto de la indigesta literatura estalinista, sufrirá un amargo desengaño. Hallará insultos, imprecaciones, expresiones fuertes, la palabra revolución repetida a millares de veces con aire tremebundo; pero buscará en vano un análisis de la situación, unas consignas que respondan a la realidad y puedan ser comprendidas por los obreros. Los “héroes de la frase revolucionaria” de que con tanto sarcasmo hablara Lenin se han instalado en la dirección del partido, de la cual no les puede eliminar más que una verdadera política marxista.

No es necesario insistir sobre la descabellada política del partido (circunstanciadamente analizada ya en estas mismas páginas) durante los primeros meses

de la República. La consigna de “todo el poder los sóviets” quedará como un recuerdo imperecedero de estulticia burocrática. La internacional, con su famosa “carta abierta”, impuso la corrección del error de que ella misma era directamente responsable y aceptó tácitamente como buena la crítica formulada por la Izquierda Comunista. Pero, en realidad, nada ha variado. El partido sigue la política aventurista de siempre, se entrega a una demagogia desenfrenada, que tiene más de común con, el lerrouxismo incendiario de hace veinticinco años que con el marxismo revolucionario. En el fondo, permanece en las mismas posiciones de antes de la “carta”. Por esto, cuando la CNT adopta una orientación acertada, proponiendo una movilización general proletaria en defensa de los derechos más elementales conculcados por la República, no sabe situarse, y en vez de solidarizarse incondicionalmente con la iniciativa de la central sindical revolucionaria, hace proposiciones disparatadas, que caen, naturalmente, en el vacío. Y, sin embargo, las circunstancias ofrecían al partido una excelente oportunidad para demostrar que su “viraje” en el sentido de la aceptación de la necesidad de la lucha por las reivindicaciones democráticas no era una simple declaración formal, sino que encarnaba en una política concreta.

¿Y qué diremos del Bloque Obrero y Campesino de Cataluña? El último congreso de la flamante Federación Comunista Ibérica no sólo no ha señalado un avance en el sentido de su clasificación ideológica, sino que ha acentuado aún más su incurable confusionismo. Y después del congreso, no hay ya nadie que sea capaz de precisar cuál es la táctica que el “bloquismo” preconiza en la situación concreta actual. Después de la República, como es sabido, el BOC se pronunció por la lucha en favor de las consignas democráticas; después, sin que nada lo justificara, lanzó una tras otra las divisas de “todo el poder a las organizaciones obreras”, “todo el poder a la CNT”, “todo el poder al proletariado” y “formación de un gobierno Pestaña-Peiró-Vallina”.

¿Cuál es la táctica que preconiza en la actualidad? Lo hemos dicho ya: nadie es capaz de precisarla. ¿Ha renunciado a las consignas arriba mencionadas? Así parece ser, puesto que desde hace algún tiempo las ha retirado de la circulación. En este caso, ¿por cuáles las ha sustituido? Si cree que la correlación de fuerzas se ha modificado en sentido contrario al proletariado y que, por lo tanto, se impone la lucha por las reivindicaciones democráticas ¿por qué no lo dice claramente y boicotea un movimiento como el iniciado, con indiscutible acierto, por la CNT? No creemos que la organización electoral, las giras campestres y el desarrollo del deporte obrero puedan constituir la base de una política comunista, aunque no negamos que puedan constituir la de una política “bloquista”.

La revolución se halla en período de descenso. Es ésta la primera constatación que se puede dejar establecida. La burguesía, como era fácil de prever (como habíamos previsto y anunciado), no ha resuelto ninguno de los problemas fundamentales de la revolución democrática. Empecemos por la “piedra angular”, el problema de los problemas de dicha revolución: la cuestión agraria¹. El proyecto que, en medio de la indiferencia general del país y de los propios diputados, se está debatiendo, o, para decirlo mejor, “diluyendo”, en las Cortes Constituyentes, está inspirado más en el propósito de preservar los derechos de la gran propiedad que en el de dar la tierra a los campesinos (y es únicamente en este último sentido como se puede hablar de revolución agraria). Asentar unos pocos miles de campesinos, a base, por añadidura, de proporcionar un buen negocio a los latifundistas, no es resolver el problema agrario. La República lo deja en pie, y con él deja intacta la clase que era preciso destruir: los grandes terratenientes. Y a los campesinos que reclaman la tierra que se les había prometido se les da plomo. Con lo

¹ Ver en esta misma serie de nuestras EIS: el “Proyecto de tesis agraria” en “II Conferencia de la Oposición Comunista de España”; “Comentarios al proyecto de ley de reforma agraria”; “Fuerzas democráticas y fuerzas socialistas en el campo”; “Crítica de la reforma agraria”.

cual, la democracia burguesa les demuestra que no es precisamente la papeleta electoral su arma predilecta, sino otra mucho más eficaz y persuasiva: el máuser de la Guardia Civil.

El problema de Cataluña, otro sin cuya solución radical no se puede hablar de revolución democrática, no ha tenido mejor fortuna. La única manera democrática de resolverlo consistía en reconocer plenamente, sin reservas de ninguna especie, el derecho de Cataluña a organizarse como le pluguiera y aun de separarse de España ésta era su voluntad. El solo hecho de discutir este derecho, de someterlo a una asamblea legislativa que los representantes de la nación opresora ejercen la hegemonía, constituye un atentado flagrante a la democracia. Este problema no se puede resolver por el simple juego parlamentario de mayorías y minorías. Una nación oprimida se hallará “siempre” en minoría. Las Constituyentes, con el beneplácito de la desdichada minoría catalana, bajo una apariencia de autonomía, que se reducirá a una simple delegación de unos cuantos servicios, están remachando las cadenas que unen a Cataluña al centralismo español. A esto ha venido a parar aquella república catalana, tan gallardamente proclamada el 14 de abril, y cedida tres días después sin combate.

El examen de la solución dada a los problemas religioso y militar, a la cuestión de las responsabilidades, a la transformación del mecanismo administrativo del estado, nos conduciría a las mismas conclusiones. La burguesía ha dejado sustancialmente en pie, con excepción del de la dinastía, todos los problemas que estaban planteados bajo la Monarquía. La revolución democrática ni tan siquiera ha sido iniciada.

Los campesinos y la pequeña burguesía radical urbana han demostrado una vez más la inconsistencia y la indecisión propias de su clase. El campesino ha exteriorizado repetidamente su descontento, a veces en forma de una violencia extrema, pero falto de una organización adecuada y, sobre todo, de un partido proletario que tomara la dirección de la lucha revolucionaria general, su acción ha sido inconexa, esporádica y, por consiguiente, fácilmente reprimible por el enemigo. La confianza en los socialistas, cuya influencia entre los campesinos era predominante durante los primeros meses de la República, ha decrecido, aunque en proporciones infinitamente menores que si aquéllos hubieran tenido la responsabilidad absoluta del poder. El hecho de estar en minoría en el gobierno les da una cierta libertad de maniobra para jugar con las ilusiones democráticas de la masa explotada del campo.

La pequeña burguesía urbana puede dividirse, por su estado de espíritu, en los siguientes sectores: los que la gran ilusión democrática del 14 de abril sacó de su “neutralidad” política, y, decepcionados, se han vuelto a casa; los que, perdida la fe en la izquierda radical, se orientan hacia la gran burguesía; los que creen todavía en la posibilidad de dar una orientación más izquierdista a la República y, finalmente, los que, aun conservando los prejuicios propios de su clase, se orientan hacia el proletariado revolucionario. Esta clase, económicamente, no ha obtenido nada de la República. Las prebendas (los “enchufes”, para emplear un término que ha adquirido ya carta de ciudadanía) no modifican fundamentalmente esta apreciación. Los que se han visto favorecidos con ellos representan una minoría insignificante. La crisis económica general y las cargas tributarias han venido a agravar considerablemente su situación económica. Por su naturaleza misma, esa clase, perpetuamente oscilante, lo mismo puede dejarse arrastrar por el proletariado (en las condiciones creadas por un movimiento revolucionario ascensional y la existencia de un verdadero partido comunista) como servir de base social a una reacción de carácter fascista, si el período de descenso de la revolución se acentúa.

La clase obrera, durante todo el período de la revolución, ha dado pruebas de una vitalidad extraordinaria. Si nos fuera posible examinar en perspectiva histórica el

movimiento obrero de estos últimos trece o catorce meses, nos asombraría, por su extensión e intensidad, que el hecho de que hayamos sido espectadores o actores del mismo no nos permite apreciar. El proletariado ha luchado con un arrojo, un denuedo y una tenacidad admirables. Pero ha fallado desde el punto de vista político y de organización. La ausencia de un partido comunista, la influencia socialdemócrata y anarquista y la falta de grandes organizaciones revolucionarias susceptibles de agrupar a las grandes masas y darles la base necesaria para vencer, han determinado una desproporción inmensa ante el esfuerzo realizado y los resultados obtenidos. La insurrección del Alto Llobregat (en Cataluña) fue la última chispa del período ascensional del movimiento obrero revolucionario. Pero ya con anterioridad, una serie de derrotas parciales habían anunciado la proximidad del período de descenso.

Hoy, este descenso es innegable. Económicamente, la clase obrera se halla en una situación desastrosa. La crisis de trabajo se acentúa cada día, tomando proporciones aterradoras. La política tributaria del gobierno, al determinar un aumento sensible de todos los artículos de primera necesidad, origina la disminución del salario real. La jornada de ocho horas, para muchas ramas de la producción, existe sólo nominalmente. El régimen interno, en fábricas y talleres, empeora. El patrono, el capataz, el encargado, muestran ante los obreros una insolencia que hacía años no se habían atrevido a manifestar. La UGT, vinculada al gobierno de la República, acentúa su política de colaboración con la burguesía y hace todos los posibles, valiéndose de los recursos que le facilita el poder, para domesticar el movimiento y encauzarlo, o, mejor dicho, desviarlo, en el sentido del arbitraje y los comités paritarios. La CNT ve disminuir considerablemente sus efectivos. Y la lucha interna de tendencias, que la corroe, agrava la crisis por que atraviesa. El mal más profundo que aqueja a la central revolucionaria es una crisis de confianza. La eliminación de los “treintistas” de la dirección (que era ya una medida de higiene) no ha hecho recobrar la confianza perdida a las masas, que han visto cómo al reformismo putrefacto de los dirigentes de ayer sucedía la desorientación completa y el “putschismo” de los de hoy.

Pero no todo son colores sombríos en ese cuadro. La clase obrera ha perdido posiciones, pero no está vencida. Las huelgas que semana tras semana van surgiendo en los distintos puntos del país demuestran que sus energías no están agotadas y que todavía es posible una reacción saludable. Una táctica justa y un partido capaz de llevarla a la práctica podrían aún encauzar la energía potencial del proletariado de nuestro país.

La burguesía, en la primera etapa que siguió al cambio de régimen, no se atrevió a atacar de frente. El impulso amenazador del movimiento obrero, y su extraordinaria tensión, la mantenían en una actitud de relativa prudencia. Era mejor adormecer a las masas, meciéndolas con las grandes ilusiones democráticas que el 14 de abril había despertado en ellas: Entre tanto, y con la colaboración directa de los dirigentes de la CNT, que por todos los medios intentaban frenar el movimiento desbordado de las masas, iba reforzando sus posiciones. En estas páginas, y en nuestros folletos y en las columnas de “El Soviet”, hemos estudiado ya detalladamente las fases sucesivas de este reforzamiento progresivo de las posiciones burguesas. Ello nos relevará del trabajo de hacerlo en este artículo. Limitémonos a consignar que el error inicial de la CNT al infeudar el proletariado a la burguesía republicana y practicar la política de “paz social” durante los primeros tiempos de existencia del nuevo régimen; el apoliticismo del anarcosindicalismo, que ha dejado sin orientación precisa al proletariado para atarlo prácticamente al carro de la pequeña burguesía radical (“La Tierra”, la “Alianza de Izquierdas”), y, finalmente, la desastrosa política de la Internacional Comunista, que no ha sabido aprovechar la magnífica ocasión que la historia le deparaba para crear un gran partido en España y liquidar definitivamente el anarquismo, todas estas circunstancias

han contribuido a reforzar las posiciones de la burguesía y a precipitar el descenso de la revolución.

Hoy la burguesía es más fuerte, no sólo que durante la primera época de la República, sino aun que en los últimos años de la Monarquía. Como consecuencia de ello, a la política prudente de ayer ha seguido el ataque descarado en toda la línea.

El balance no puede ser más desconsolador: el proletariado, si no quiere perecer, se ve obligado a luchar por los derechos democráticos más elementales, por la libertad de reunión, de asociación y de palabra, contra las leyes draconianas, tales como la de “Defensa de la República”, que reducen a nada todas las garantías consignadas en la Constitución.

En estas circunstancias, la táctica que se impone es clara. El proletariado se halla a la defensiva y, por consiguiente, el problema que se le plantea de un modo inmediato no es el de la conquista del poder, sino el de preparar las condiciones favorables para la misma. Nos hallamos, pues, en un período de preparación que, con una táctica acertada, puede ser relativamente breve. No hay que olvidar que nos hallamos todavía en período revolucionario y que, en esos períodos, los procesos se verifican con mucha mayor rapidez que en las épocas normales. Conviene, sin embargo, tener en cuenta que, por esta misma razón, si se deja pasar el momento oportuno, los acontecimientos pueden desarrollarse con igual rapidez en sentido reaccionario. De la agilidad y prontitud con que reaccione la clase obrera depende que se desenvuelvan en el sentido contrario.

La lucha en favor de las reivindicaciones democráticas de la restauración de los derechos elementales conculcados por la burguesía republicana, pueden y deben constituir la base de la actividad en este período preparatorio. Bien orientada y dirigida, esta lucha puede movilizar a todo el proletariado español y crear las condiciones necesarias para empresas de mayor vuelo. En este sentido, la campaña proyectada por la CNT, y que debía iniciarse con la jornada del 29 de mayo, constituía un acierto innegable. En este terreno hay que permanecer, sin provocar putschs estériles, que el gobierno desea ardientemente para aplastar el movimiento en germen, pero sin dejarse desalentar por los desplantes y las amenazas de los Casares Quiroga y demás perros de presa de la burguesía.

Pero esta campaña en favor de los derechos democráticos elementales no tendría sentido, perdería toda su eficacia, si no se aprovechara para dar al movimiento una clara y definida significación política, forjar un partido comunista potente, conquistar o, por lo menos, neutralizar las masas explotadas no proletarias, para preparar y organizar, efectivamente, la revolución proletaria.

Para ello es necesario: 1) Hacer comprender a las masas obreras, a los campesinos y a la pequeña burguesía explotada, que la burguesía republicana ha dado ya todo lo que podía dar de sí y que sólo el proletariado puede realizar la revolución democrática. Esta propaganda no ha de tener un carácter abstracto, sino basarse en la experiencia viva de la República española; 2) Arrancar a los obreros de las organizaciones socialistas a la influencia de sus dirigentes, mostrándoles, por el ejemplo de la práctica diaria de los mismos, que son el mejor sostén de la burguesía. Una condición indispensable para conseguir resultados eficaces ha de ser la renuncia a la fórmula, científicamente falsa y prácticamente ofensiva, del *socialfascismo*; 3) Aprovecharse de las lecciones de la experiencia para demostrar a los obreros anarcosindicalistas toda la inconsistencia del apoliticismo y la necesidad absoluta de un partido de clase para triunfar. Impulsar la tendencia a la unidad de acción que se manifiesta en los obreros pertenecientes a organizaciones distintas (Ferrol, Cartagena, etc.), proponiendo *honradamente* el frente único con fines precisos y concretos, mediante el acuerdo directo con las masas o con las organizaciones reformistas si los obreros siguen teniendo confianza en las mismas. Aprovechar todas las ocasiones favorables para crear comités de fábrica; 5) Incorporar a

los campesinos a la lucha por las reivindicaciones democráticas, aprovechándose de ella para sustraerlos a la influencia de los elementos políticos pequeñoburgueses (“Unió de Rabassaires” en Cataluña. socialistas en Andalucía, Extremadura y Castilla) y agruparlos en organizaciones revolucionarias influenciadas por el proletariado; 6) Trabajar denodadamente por la constitución de un gran partido comunista, basado en los principios que sirvieron de base a la internacional de Lenin y Trotsky. Demostrar que, sin la existencia de ese partido la victoria de la revolución proletaria es imposible. La lucha por la constitución de ese gran partido no excluye, sino que, al contrario, presupone la actividad de la Izquierda Comunista. Sin una intensa y profunda labor de crítica marxista, el partido que surgiera estaría construido sobre arena. Un congreso de unificación, en que todas las tendencias se manifestaran libremente y todos los problemas nacionales e internacionales sean ampliamente discutidos, dotaría definitivamente al proletariado español del arma que necesita para luchar con eficacia y para vencer.

ANDRÉS NIN

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es